

Editorial

M. nov. 18/1956.

Otra Vez Contra los Ruidos Inútiles

"DESDE el próximo lunes — dice textualmente una información que aparece en la primera página de EL MUNDO de ayer—la policía iniciará una activa campaña contra los ruidos innecesarios e intensificará la vigilancia para evitar que se arrojen papeles en la vía pública y se afee el ornato de la ciudad". Y añade: "A este fin colaborarán entidades tales como el Ministerio del Transporte, la Liga contra el Ruido y otras".

Quizá, en el primer instante, la noticia no haya producido frío ni calor al lector: no es la primera vez, sin duda, que se habla entre nosotros, que se anuncia una campaña contra los ruidos sin que, en ninguna de las ocasiones, tal campaña haya producido efectos apreciables. En consecuencia, el lector—la ciudadanía entera, ha llegado a considerar tales campañas absolutamente inocuas, y a resignarse a la existencia de nuestros ruidos como a la de un mal inevitable.

¡Y qué mal! No hay exageración, evidentemente en disputar a La Habana como una de las ciudades más estruendosas del mundo. A los ruidos explicables, realmente inevitables, que debe y tiene que haber en toda gran ciudad, añade en mayor número—se diría que con complacencia—otros mil inexplicables, evitables, cuya gratuidad no se comprende—o únicamente puede comprenderse atribuyéndola a una sordera general a la vez que a una carencia de nervios también general, de la población.

Por hacer ruido, los cubanos empezamos por hablar a gritos invariablemente, al punto que bien pudiera decirse que entre nosotros no existe la conversación privada.

Nuestra voz es siempre la más alta; nuestras exclamaciones, las más sonoras; nuestras carcajadas, las más estruendosas. Desconocemos el coloquio, el diálogo personal en voz mesurada, en tono comedido; la suave sonrisa, casi siempre más expresiva y elocuente que la carcajada. Procedemos siempre escandalosamente, ruidosamente, en la calle, en el hogar, en el club, en el ómnibus —en todas partes.

Eso, en lo que se refiere a las manifestaciones estrictamente individuales, personales, que en cuanto a lo demás, ya se sabe también cómo las bocinas de nuestros automóviles, por ejemplo, son las más usadas y estridentes en todo el mundo, a pesar de la existencia de regulaciones al respecto—de un Código del Tránsito al que todos, unánimemente, gozosamente, parecemos empeñados en adicionar, cada día, a todas horas y en toda ocasión, aquel apéndice que los animales suelen usar para ahuyentar las moscas...

Según eso—y dejando ahora a un lado, el otro aspecto de la campaña: el mantenimiento de la limpieza de la ciudad, que también ofrece tela donde cortar—no es raro que se acoja con escepticismo el anuncio de una cruzada contra el ruido: el mal parece tan arraigado, que se diría congénito, incurable. Pero se dice que va a ser la policía la que tome cartas en el asunto, y aquí cabe esperar algo porque, evidentemente, es ella la que, si se lo propone de veras, puede hacer algo. Esperémoslo, por la tranquilidad de nuestros nervios y el buen nombre de nuestra capital.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA